RECUERDOS FELICES: COLOMBIA *

A Tito Zubiría

1948. Cuando caímos del cielo en el aeropuerto de Cali, llevábamos un aparatoso despliegue (recuerdo invernal: Buenos Aires, Santiago de Chile) de abrigos y paraguas: «seis abrigos» (para dos personas), según decía, con amistosa chunga, el *Relator* al día siguiente. Porque, en efecto, nada más inoportuno: en el centro del día reverberaba en el aeropuerto un sol de horno (es decir, como un sol que reconcentrara su fuego dentro de un horno).

Veníamos de Lima. Habíamos botado de lo lindo Eulalia y yo en un avión desierto (únicos pasajeros: nosotros) sobre los montes del Ecuador, recubiertos de un verde espeso y lustroso; el avión —una lata de tomates vacía— daba imponentes saltos entre remolinos; iba como enlazando o enhebrando toda una serie de formaciones tormentosas, de tal modo que, apenas dejábamos una atrás, penetrábamos en la siguiente. Luego —por debajo de blanquísimos, avellonados y espaciados cúmulos— se abrió un ancho valle en el que pastaban ganados. Fue la primera vista de la maravilla: el valle del Cauca.

Y caímos con nuestro equipo invernal en el fuego del mediodía de Cali. «Espere usted sólo una hora y ya verá qué brisa deliciosa se levanta», me dijeron. Y, en fecto, minutos después, Cali era la imagen del paraíso terrenal.

Entré en Colombia por Cali, como por la puerta grande del Paraíso, pero todos mis recuerdos de Colombia son matices de lo paradisíaco.

¡Hala, en automóvil a Popayán! ¡Qué ciudad, Popayán! «En Colombia, no deje usted de ir a Popayán», me había dicho, con su español agudillo, mi amigo Bullock, de Cambridge. Bullock es un inglés exquisito, y yo me fío siempre de su consejo.

Por aquel valle del Cauca, anchísimo —con anchura de provincia, o, quizá mejor, de región española—, feraz, riente (¡el paraíso, el paraíso!), pasando por aquellos pueblitos negros donde se cultiva el cacao (pero ¿estamos en el corazón de África?), hala, arriba, a Popayán. Y Bullock tenía razón. Sí, qué delicia. Popayán es una de esas ciudades para superturistas, porque su encanto no es charro, no es resaltón, se escaparía de las postales: es una combinación de luz

* Según se anuncia en la nota anterior, se reproduce aquí el capítulo *Recuerdos felices*: *Colombia* del libro de DÁMASO ALONSO *Del Siglo de Oro a este siglo de siglas* (*notas y artículos a través de 350 años de letras españolas*), Madrid, Editorial Gredos, 1962.

THESAURUS. Tomo XLV. Núm. 1 (1990). Dámaso Alonso, reseña a «Recuerdos ...
Centro Virtual Cervantes

celeste y de luz humana, reflejada, todo en tintes delicadísimos: el rosa más pálido, el tímido verde primaveral, el azul que apenas se insinúa. Y en los palacios coloniales, largos, de planta sola, o de planta y un piso, *con sus rejas que por abajo se acilindran* (¿dónde el galán?), la gravedad se dulcifica con los tiernos, virginales colores. Y es ya una gravedad amable: palacios finos, amables y serenos, que no se recargan con nada, que, por suprema elegancia, ostentan una tierna sencillez. Detrás, los cerrillos redondeados y verdes, y la alta estatua ecuestre. Un volcán que humea, allá muy lejos.

Y subimos a la sabana de Bogotá. Una naturaleza mucho más austera, a ratos grave, con tonos y lejanías velazqueñas. Nubes plomizas, que a veces se enredaban en la cima del Montserrate bogotano. No, no hace frío; en la habitación del hotel, un puntito más, y ya haría frío. Pero no lo hace. Por otra parte, la más cálida acogida lo caldea todo. Y en cuanto nos derrumbamos en un auto, desde la sabana (unos kilómetros: por ejemplo, por Tequendama, un poquito más abajo) ya estamos en tierras calientes. Pero, en Bogotá mismo, ¡qué calor de amistad! ¿Cuándo os pagaré, amigos, poetas, escritores, vuestra acogida? Jorge Rojas, cuya casa invadíamos diariamente; Eduardo Carranza, en la Biblioteca, que entonces dirigía, en su hogar, en las páginas del periódico; Antonio Oviedo, que tanto empeño tuvo en que yo visitara su país; Rivas Sacconi, con la seriedad científica de su Instituto, que honra a Colombia —y sus tías, aquellas dulces *señoras, en la casa refinada* —; y Fernando Charry Lara, y el maestro León De Greiff, y Carlos Martín y Arturo Camacho, y Jorge Gaitán, y José Nieto, y Tello, y Jaime Posada, y Alvaro Mutis, y Lucio Pabón Núñez, y Guillermo Payán Archer, y tantos otros que estarán ya siempre en mi cariño. Y aquel público fervoroso, el más interesado, quizá, por la vida del espíritu, de toda Hispanoamérica.

No: miento. Porque fuimos a Manizales. Ocurre que si (no pensando ahora en cultura acumulada) atendemos sólo al elemental deseo de saber, quizá es Manizales la ciudad más interesada por la cultura de todas las del mundo.

Es Manizales una ciudad provincial, encaramada en lo alto de un monte de 2.000 metros, con calles inverosímiles que de repente se cortan a pico sobre el abismo. Habíamos subido en auto desde el aeropuerto de Pereira, a través de una inmensa zona de cafetales: paisajes de extraña belleza. Pensábamos hallar en Manizales una ciudad nueva (es apenas centenaria), atenta sólo a intereses materiales; y nos encontramos con un ardor, una pasión intelectual nunca saciada. Cuando entré en aquella sala inacabable del teatro donde di una de mis conferencias, y vi diez o doce filas de butacas, llenas de muchachas y muchachos, a todas luces estudiantes de colegios, casi niños, me las prometí poco alagüeñas. Pues no se movió ni uno; y eso que mi conferencia estaba pensada para un público con preparación,

THESAURUS. Tomo XLV. Núm. 1 (1990). Dámaso Alonso, reseña a «Recuerdos ...
Centro Virtual Cervantes

digamos, universitaria. Y lo mismo me han dicho conferenciantes españoles que han pasado por allí después.

Atento al lucro industrial y a las normas yanquis de vida, y menos a la vida del desinteresado espíritu, Medellín levanta las chimeneas de sus poderosas fábricas en el centro de un paraíso terrenal en medio de la vida moderna.

Más al Norte, sobre el Caribe, nos esperaba, cargada de recuerdos españoles, Cartagena, nuestra antigua Cartagena de Indias, con sus murallas frente al mar. Y allí otra vez amigos cordialísimos, críticos, poetas, Bossa Herazo, Héctor Rojas Herazo, Gustavo Ibarra..., nos hicieron hogareña la estancia. La huella española está presente en la abigarrada ciudad inolvidable. Nuestro corazón palpitó cuando, visitando el castillo, el guía dramatizaba al relatar emocionado la hazaña de Blas de Lezo: «¡Y a pesar de la orgullosa medalla acuñada, Cartagena no se rindió!».

De allí a Barranquilla, al aeropuerto.

Seis semanas que quedarán unidas a eso que llamamos recuerdo y que es ya una parte de nuestra alma. Colombia: paisajes bellísimos y variados, mujeres encantadoras, con el atractivo del trópico y con la más refinada cultura; y en todas partes, amistad, brazos abiertos que se nos tendían; todo con una gran autenticidad. Uno de los países menos esnobs y más auténticos que yo conozco.

...Pero cuando quiero concentrar en una sola imagen aquella sensación de agrado, sí, aun de agrado físico, que Colombia me dio, vuelvo a recordar a Cali. Desde mi cuarto del *Alférez Real* se veía el Cauca, y se le oía dulcemente gemir. Traíamos en los ojos la visión luminosa del valle incomparable. La calle adyacente al hotel, llena de botillerías y de bares (una especie de calle de las Sierpes) hervía de vida. Y como concentrados nódulos de esa ebullición vital, bellas mujeres ondulantes rasgaban la multitud, dejando, abriendo, una larga estela de nostalgia en la memoria.

Atravesamos el puente y fuimos paseando hasta la casa de los señores de Zavadsky. Inmensos troncos brotaban en medio de la acera, como para recordarme con cuánta potencia puede concentrarse la vida. Y en casa de los Zavadsky vi las grandes puertas de hierro enrejado en una tracería delicada. Grandes puertas de reja, sin maderas, sin cristales: puertas de aire. En la parte de atrás del salón, otro arco abierto daba a un patio. Pensé en la estación (últimos días de septiembre), e incauto guadarrameño, pregunté cómo se cerraban aquellas puertas en la época más fría..., porque habría una estación más fría. Y Clara Zavadsky me contestó amablemente, sin reírse de mi ignorancia, que aquellas puertas no se cerraban nunca, porque allí mayo, septiembre, diciembre, febrero, todo era lo mismo.

Cuando más cansado estoy de este estúpido ajetreo diario, cuando más desalentado estoy, cuando la calle es fango y nieve, cuando el

THESAURUS. Tomo XLV. Núm. 1 (1990). Dámaso Alonso, reseña a «Recuerdos ...
Centro Virtual Cervantes

amigo o el discípulo más querido me pega la puñaladita por la espalda, cuando infame mano velluda me amenaza con la calumnia desde las sombras, en una palabra: cuando la vida es hosca, yo recuerdo aquel dulce aire siempre aromado de flores maravillosas, atravesando la tracería de hierro de las puertas inexistentes.

DÁMASO ALONSO.

«EL QUEHACER LITERARIO»

ALFONSO LÓPEZ MICHELSEN
MIEMBRO HONORARIO DEL INSTITUTO

En la tarde del 29 de marzo de 1990, en la Casa de Cuervo, fue presentado el libro del Dr. Alfonso López Michelsen que lleva por título *El quehacer literario,* editado en la Imprenta Patriótica.

En la velada cultural se dieron cita parlamentarios, académicos, historiadores, exponentes del mundo intelectual de nuestra nación, además de los miembros del Instituto Caro y Cuervo.

El citado libro, que fue entregado en dicha reunión, es una recopilación de ensayos del Dr. López Michelsen, que integran el volumen 51 de la serie « La Granada Entreabierta » de las publicaciones del Instituto Caro y Cuervo. En el *Liminar* con que se inicia el volumen, el Dr. Ignacio Chaves afirma que los trabajos en él recogidos condensan "lo mejor y más relevante de la actividad literaria del autor y nos descubren en el hondón de la personalidad el acervo de cultura humanística que a lo largo de su vivir y de las vicisitudes de su cotidiano quehacer fue asimilando con finísima sensibilidad y esmerado gusto literario".

Los escritos reunidos en el libro mencionado se agrupan en dos grandes apartados: 1. Prólogos, 2. Artículos y Conferencias.

Los prólogos son: el escrito para su novela *Los elegidos;* el destinado a *Vallenatología: orígenes y fundamentos de la música vallenata,* de Consuelo Araújo; el antepuesto al *Viaje por Suramérica,* de Luis López de Mesa; el que precede a una edición de *El Príncipe,* de Maquiavelo; y dos publicados anteriormente en el Instituto Caro y Cuervo: *A la obra de Tomás Rueda Vargas* (prólogo al tomo XII de la « Biblioteca Colombiana »: « *La sabana* » *y otros escritos del campo, de la ciudad y de sí mismo,* Bogotá, Instituto Caro y Cuervo, 1977, págs. XIII-XXXVIII) y *Alfonso López Pumarejo, polemista político* (Bogotá, Instituto Caro y Cuervo, 1986, págs. VII-XXXIII).

THESAURUS. Tomo XLV. Núm. 1 (1990). Dámaso Alonso, reseña a «Recuerdos ...
Centro Virtual Cervantes